



JUAN RULFO:

hechos visuales y literarios

◆ SUSANA RODRÍGUEZ AGUILAR

*Y así, el vacío intenta llenarse
con la memoria de los idos.*
Álvaro Matute

“Yo soy Juan Nepomuceno Carlos Pérez Rulfo Vizcaíno, me apilaron todos los nombres de mis antepasados paternos y maternos como si fuera el vástago de un racimo de plátanos, aunque [...] me hubiera gustado un nombre más sencillo”, comentó el escritor por allá de 1977 a la televisión española.¹ Cuarenta años después

de esta entrevista se celebra el aniversario número cien de Juan Rulfo, junto con los centenarios de la Constitución Política de los Estados Unidos Mexicanos y del diario de la vida nacional *Excélsior*. Dos contextos destacables para un personaje relevante.²

Así pues, y en honor al primero, estas breves líneas incluyen su voz –a la usanza antigua, con el

¹ Joaquín Soler Serrano cita las palabras de Rulfo en el artículo “Juan Rulfo y el mundo de su próxima novela *La Cordillera*”, de María Teresa Gómez Gleason (La cultura en México, 1966) durante una entrevista con el autor para el programa A fondo, de la Televisión Española, en 1977. Recuperado el 11 de febrero de 2017 de: <https://www.youtube.com/watch?v=V74yJztkx-c> Las citas subsecuentes pertenecen a esta entrevista, a menos que se indique otra fuente.

² Dato interesante de uno de sus ancestros –donde destaca el apellido compuesto que después fue modificado– establece que Juan del Pérez-Rulfo, oriundo de España, monje por decisión familiar y después por decisión personal, se casó dos veces y fue integrante de las fuerzas de Félix María Calleja del Rey, virrey de la Nueva España que combatió a los independentistas mexicanos. Del Pérez-Rulfo ya arraigado en México terminó por pasarse al bando insurgente.

entrecomillado de rigor— para destacar su participación como empleado (recaudador de rentas, publicista y vendedor de llantas), como funcionario (agente de migración para perseguir extranjeros ilegales, aunque nunca capturó a ninguno; distribuidor de barcos y encargado de ediciones en el Instituto Nacional Indigenista por veinte años), sin olvidar la participación del alpinista y del “aficionado de la vida” en las letras y en la fotografía.

La historia del novelista Juan Rulfo inicia en Apulco, donde vio la luz primera; pueblo de unos dos mil habitantes, perteneciente a San Gabriel, distrito de Sayula, Jalisco. Rulfo es de los bajos de Jalisco, de “un pueblo en una barranca, con calles torcidas y empinadas”, que no aparecía en los mapas pero donde uno de sus abuelos contribuyó en la construcción tanto de la iglesia como de un puente.

El conflicto cristero, como un resabio de la Revolución Mexicana, determinó la pérdida de algunos de sus familiares y marcó al niño Rulfo, quien estudió primero en un colegio de monjas josefinas y después fue trasladado a Guadalajara, donde su abuela —analfabeta que se sabía de memoria los devocionarios— lo ingresó al único orfanato que existía, el internado de San Gabriel: “era como una cárcel-correccional. Lo único que aprendí fue a deprimirme. Fueron años difíciles”. Rulfo atribuye a esta experiencia su pánico a las multitudes, a la gente; sin embargo, aprendió a

vivir en soledad. Tiempos donde la lectura fue su mejor distracción, porque al cerrar la iglesia por el problema de los cristeros, la biblioteca de ésta fue trasladada a su casa y ahí se encontró con libros que el sacerdote recogió por ser prohibidos.

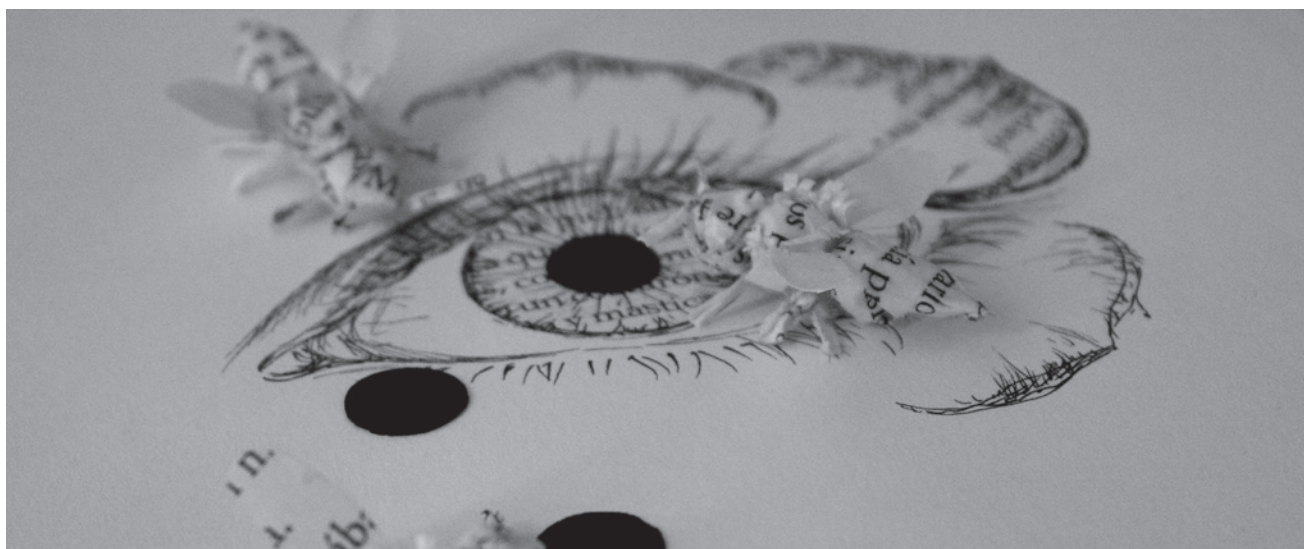
Las historias de violencia y los personajes que conoció durante y después de la rebelión “se me han grabado y yo los he recreado. No pintar, los he tenido que recrear, los he tenido que revivir” para mostrarlos de una forma distinta en la escritura. Aunque esos personajes irracionales no tienen

rostro, “son gente común y corriente”. La realidad no está en la obra de Rulfo, “yo tendía a renovar hechos del pasado, no lo que estaba sucediendo”.

De ahí que “cualquiera que tratara de encontrar esos paisajes, esos motivos, esas descripciones, que han dado origen a esos escenarios no los encontraría”. El objetivo se cumplió: “Quería no hablar como se escribe sino escribir como se habla”.

En 1940 el estudiante de contabilidad emigró al Distrito Federal, hoy Ciudad de México, y quizá el contexto le inspiró para realizar su primera novela (un campesino que fue trasplantado a una ciudad moderna) pero Rulfo la destruyó por considerarla mala. Asistió a la UNAM como oyente en la Facultad de Filosofía y Letras, en el Centro Mascarones, y en 1945 publicó su primer cuento, “Nos han dado la tierra”, en la revista *América* de Guadalajara, donde también publicó por vez primera sus relatos visuales.

“QUERÍA NO HABLAR COMO SE ESCRIBE SINO ESCRIBIR COMO SE HABLA.”



Después vendría *El llano en llamas* en 1953 y *Pedro Páramo* en 1955:

[En *Pedro Páramo*] el personaje central es el pueblo [...] Es un pueblo muerto donde no viven más que ánimas, donde todos los personajes están muertos, y aun quien narra está muerto. Entonces no hay un límite entre el espacio y el tiempo. Los muertos no tienen tiempo ni espacio. No se mueven en el tiempo ni en el espacio. Entonces así como aparecen, se desvanecen [...] es difícil de entender pero con esa intención la realicé.

Ambas obras, la primera realizada con dos becas consecutivas que le otorgó el Centro Mexicano de Escritores y la segunda subvencionada por la Fundación Rockefeller, no obtuvieron la respuesta que esperaba el autor, pero fueron revaloradas por las generaciones siguientes. Lo mismo ocurrió con sus materiales fotográficos, rescatados y reconocidos años después. “La fotografía la hice en un tiempo y me gustaba, me gustaba mucho”.

Así, los hechos visuales –la huella, la marca que puede percibirse y volver a existir por ser éste un informe de un testigo, el fotógrafo, en este caso Juan Rulfo– dieron cuenta del inframundo no contemplado en la literatura de Rulfo. El escritor en el papel de documentalista trató de describir costumbres, modos de ser y modos de pensar de los habitantes de la ciudad capital y de varios lugares de la República Mexicana: en la *Portada del Templo de Sanctorum* (1940), en el *Cráter del Nevado de Toluca* (1940), en el retrato a su esposa Clara Aparicio de Rulfo (1948), en el *Acceso con arcos y automóvil convertible* (1950), en el *Acceso al atrio y templo de Yecapixtla* (1950), en la *Casa en ruinas* (1955), en el retrato a José Gorostiza (1955), en las *Vías de ferrocarril de Buenavista* (1956), en la *Niña corriendo en un portal de Jalisco* (1961).

Las vivencias de su infancia –“en una zona de devastación. No solo de devastación humana, sino de devastación geográfica”– las plasmó en blanco y negro con tonalidades en gris. El fotógrafo con su Rolleiflex planteó situaciones conflictivas, estados y problemas sociales de una manera artística. Tanto la obra literaria como la obra fotográfica de Juan Rulfo reflejan el “lenguaje del pueblo, el lenguaje hablado

que yo había oído de mis mayores, y que sigue vivo hasta hoy”. Reflejan la narrativa visual de Rulfo en letras de molde y en papel fotográfico.

En su obra literaria los problemas de la ciudad no se ven reflejados como sí ocurrió en su material fotográfico, ello debido a que “a mí no me dice nada. Y además ¿qué ciudad?, ¿qué clase de ciudad?, ¿cuál de todas las ciudades de la Ciudad de México de todos los Méxicos que hay? [...] Para mí la Ciudad de México es completamente extraña”.³

El jalisciense, en un día común y después de trabajar como editor en el Instituto Nacional Indigenista escribía para sí, mientras que varios de sus materiales fotográficos fueron generados en los viajes que realizó como parte de su quehacer cotidiano: editar la colección más importante sobre antropología social, que incluye a las 52 comunidades indígenas en México (zapotecos, mixtecos, huaves, zoques, triques, cuicatecos, mazatecos, chinantecos, choles, popolocas).

El factor económico determinó su permanencia como funcionario, en esta institución, “porque de eso vivo. Es muy difícil, como se sabe, vivir de la literatura en nuestros países. Este trabajo lo tengo hace 18 años y aparte de que da de vivir me gusta. No he descuidado la literatura que para mí es fundamental, mi afición o mi vicio principal [...] La culpa no la tiene nadie, es simplemente la necesidad de mantener a una familia”.⁴

El hombre sombrío, el hombre que creyó haber nacido a la medianoche tras considerarse oscuro y hermético, el hombre que fue criado en un ambiente de fe, plasmó en el papel fotográfico los problemas y las virtudes de la ciudad (escasez, migración, pobreza; la arquitectura, los barrios, los paisajes citadinos) y del campo (las costumbres, los rituales, las tradiciones, los contextos, la población nativa y los paisajes mexicanos). El concreto y el adobe. Lo urbano y lo rural. Lo moderno y lo citadino. Lo horizontal y lo vertical. Situaciones fotográficas, documentales y cinematográficas dieron cuenta de los hechos visuales y narrativos de Rulfo. ●

3 Rulfo entrevistado por Ernesto González Bermejo, “Juan Rulfo: La literatura es una mentira que dice la verdad”, en *Revista La Universidad de México*, No. 1, septiembre de 1979, pp. 4-8.

4 *Op. cit.*